

# La gloria de Rubén

Escribe: HELCIAS MARTAN GOGORA

A pocos años del centenario del nacimiento de Rubén Darío y cincuenta de su muerte, la obra del poeta conserva su lúcida vigencia en el imperio del idioma, en donde no se oculta el sol de su gloria.

Hace poco que, en la ciudad de Málaga, se erigió un busto al inmenso indio chorotega, que residió en la mediterránea ciudad hispánica, a la cual exaltó con palabras de contenida belleza.

La municipalidad de París descubrió una placa conmemorativa en la casa número 4 de la calle Herschel, en la que el poeta habitó, desde 1909 hasta 1912. Recordó el presidente del Concejo Municipal de París, Monsieur Jean Auburtin, cómo Rubén soñó "con París desde niño, a punto de que cuando hacía mis oraciones, rogaba a Dios que no me dejase morir sin conocer París". También en la Plaza de América Latina se alza la vera efigie de este "hombre de todos los países", tan adicto siempre a la cultura gala, cuya esencia lírica asimiló magistralmente, a pesar de los abates versallescos. Oíd cómo resuena su profesión mitológica, en la lengua de Hugo, a través de la traducción del erudito hispanista Charles Aubrum:

*"Car nous avons du sang de sirénes,  
et de tritons  
a nous les chênes verts, les lauriers,  
et les denses frondaisons.  
Car notre chair est celle des centaures  
et des faunesses".*

Sin embargo, no se olvide que Darío también proclamó a los cuatro vientos que "la mejor musa es la de carne y hueso". Esta encarnó en el alma buena y en el regazo maternal de Francisca Sánchez, la amante campesina de Naval Sauz, a quien la poetisa Carmen Conde ha consagrado la más comprensiva y hermosa biografía bajo el título de *Acompañando a Francisca Sánchez*. (Resumen de una vida junto a Rubén Darío) publicada por la editorial Unión, de Managua, en 1964; de cada página del libro emerge el perfil de "la aldeana convertida en princesa", que preservó del olvido, con devoción celosa, los papeles y cartas del gran poeta nicaragüense. Francisca Sánchez no solo fue la pasión fundamental de Rubén Darío sino el hada madrina que compartió el duro privilegio de soportar

sus estallidos de cólera, su euforia alcohólica, al mismo tiempo que complacía sus debilidades gastronómicas, en las que figuraban, en sitio preferencial, la sopa de tortuga calentada al baño maría y los fríjoles sazonados con una hoja de laurel y ajo. Así, hasta el final, fue como el agua que copia el cielo de la tarde. “Cuando él murió —confesó ella— a Carmen Conde, yo fui ya, solamente un montón de cenizas”. Carmen comenta: “Cenizas donde hubo vegetación. Cenizas donde hubo bosque: donde cantaron los pájaros y corrió el agua de los torrentes, y se anidaron los rayos y permaneció suspendida la tormenta”.

Costeado por los gobiernos de España y Nicaragua, se creó el premio Rubén Darío-Poesía Hispánica, con una asignación de 60.000 pesetas, que se adjudicará cada dos años al mejor libro que se publique en España o América. El tema es libre.

La suma poética dariana (*Azul, Prosas profanas, Cantos de vida y esperanza*) puede llegar, ahora, hasta las manos de los ciegos, en una edición hecha, según el sistema alfabético Braille, que distribuye gratuitamente, en Madrid, la Organización Nacional de Ciegos (Once).

Al ejemplar *Seminario-Archivo Rubén Darío*, confiado a la tutela admirable del profesor Antonio Oliver Belmás, acuden los rubendarianos de todo el mundo. Allí se oficia el culto del máximo poeta, cuya obra ya tiene la consistencia de lo perdurable, a pesar de las polémicas y diatribas enconadas, como la de Manuel Pedro González, con base en el esquema aprendido de Osvaldo Bazil: “Sin Martí no hay Rubén”. Darío se anticipó certero, cuando vaticinó: “¡Desgraciados los que no han tenido influencias!”.

A don Antonio Oliver Belmás se debe el análisis y publicación de un soneto arcaico, escrito en la última página de *El romancero del Cid*, cuando el poeta apenas había cumplido quince años de edad, cuyo texto es así:

*“Mi non polida pénnola desdora  
aqueste libro con poner un canto  
en las sus fojas, que me inspiran tanto  
que facen agitar mi pletro agora.*

*Nin la ferosa cara de la aurora,  
nin de la noche el estrellado manto,  
nin el milagro de cualquiera santo,  
belleza como él non atesora.*

*Ca maguer es verdat que es non pólida  
la mi pénnola ruda et homildosa,  
yo tengo entro el pecho, aquí escondida  
la fortuna del bardo tan ferosa.*

*Por ende pongo aquí, maguer mal fecho,  
aquesta trova, rosa de mi pecho”.*

Así la gloria de Rubén Darío brilla sin eclipse en el vasto meridiano universal, “a pesar de la fúnebre muerte, la vida y la nada”, tal como escribió Barba Jacob, su par distante.